

LA SOCIEDAD CARTAGENERA TRAS EL CONFLICTO CANTONAL DE LA PRIMERA REPÚBLICA ESPAÑOLA

Francisco José Franco Fernández
UNED de Cartagena

Recibido: abril 2015/ aceptado abril 2015

RESUMEN:

El presente artículo es una aproximación a la sociedad cartagenera en la etapa inmediatamente posterior al final de la Primera República, pues la defensa de los ideales cantonalistas tuvo una importante incidencia en Cartagena. El asedio de las tropas centralistas en los largos meses de guerra ocasionó un gran deterioro en la ciudad, que necesitó una ardua tarea de reconstrucción que transformó su tradicional aspecto. Había además que rehacer la vida económica, profundamente afectada, y poner en funcionamiento los servicios. Los grupos políticos que ocuparon el poder tras el asedio no solo reconstruyeron la ciudad, sino que alteraron su dinámica socioeconómica y crearon una corriente de opinión desfavorable a la experiencia vivida que no consiguió eliminar la fuerte simpatía republicana que se mantuvo hasta la proclamación en 1931 de la Segunda República.

PALABRAS CLAVE:

Cartagena, I República española, cantonalismo, sociedad cartagenera, s. XIX.

La Primera República y la defensa de los ideales federalistas tuvo una importante incidencia en Cartagena. El asedio de las tropas nacionales en los largos meses de guerra ocasionó un gran deterioro en la ciudad, que necesitó una ardua tarea de reconstrucción que transformó su tradicional aspecto. Había además, que rehacer la vida económica, profundamente afectada, y poner en funcionamiento los servicios. Al

reaparecer el 1 de febrero de 1874, tres meses después de la contienda, el diario decano de la prensa local, *El Eco de Cartagena*, medio escrito de gran utilidad para el conocimiento de la nueva ideología reaccionaria imperante, trazaba este sombrío panorama:

“Teatro inocente nuestra ciudad querida de las mayores infamias que la historia patria registra en sus páginas, los cartageneros lloramos hoy nuestras desdichas, viendo destruidos nuestros mejores monumentos. Renunciamos a describir a nuestros lectores el estado en que la población se hallaba cuando entraron las tropas del Gobierno.

Es imposible que pueda hacerse una reseña detallada, cuando Cartagena no era más que un informe montón de ruinas. Hoy ya se nota bastante animación. Muchos de los edificios destruidos se hallan en construcción y los escombros van extrayéndose, la falta de recursos hace que los propietarios no puedan activar las obras y por tanto, si no se acude por el Gobierno a indemnizar los daños causados, pronto quizás veamos en tierra las pocas casas que aún quedan levantadas y que en su mayoría amenazan ruina”.

Dos días después, el 3 de febrero, aparecía en el mismo diario una triste semblanza de la ciudad tras el conflicto, calificado de “sacudimiento político y causa de gran trastorno”. Se definía la situación como de abatimiento y al pueblo de Cartagena como mero espectador de su ruina. Aquel movimiento, que ha quedado para muchos con la perspectiva del tiempo en un símbolo del orgullo y la identidad colectiva de la ciudad, fue entonces descrito como “desbordamiento social” que la había dejado sin energía ni “virilidad política”. Se denunciaba el saqueo y destrucción, así como el ambiente de miseria que se respiraba, para llegar a la conclusión de que la esperanza de futuro para las clases humildes era el apoliticismo, clave de la nueva orientación política que desde Madrid se insuflaba:

“Es opinión general, y de ella disentimos en este momento, que los pueblos indiferentes en política caminan rápidamente hacia el ostracismo y la barbarie, pero nosotros, que hoy somos un pueblo en ruinas; nosotros que vemos nuestros edificios caídos y caído nuestro

comercio y muerta nuestra industria y asolados nuestros campos, no podemos ni debemos esperar de la política nuestra regeneración, porque la política, hasta hoy, solo ha favorecido a los pueblos que a ella prestaban su concurso y nosotros no nos hallamos en condiciones de ocuparnos de nada, absolutamente de nada, mas que de nuestro querido país.”

Para la puesta en marcha de las nuevas políticas la ciudad quedó organizada de una forma similar a como estaba antes del conflicto, siendo estos los principales organismos públicos:

PODER EJECUTIVO:

a) Militar:

-Marina: Capitanía, Arsenal, Beneficencia (Muralla del Mar), Mayoría General (plaza de San Agustín), inspección de Sanidad (plaza del Rey), Auditor (plaza de Santa María), Curato Castrense y Capitanía del Puerto (muelle).

-Guerra: Gobierno Militar, Comisaría de Guerra (Hospital de Marina), Comandancia de Artillería (Parque), Comandancia de Ingenieros (Muralla del Mar), Comandancia de Carabineros (calle Mayor) y Comisión Militar (Hospital).

b) Civil: Ayuntamiento, Juzgado Municipal (Plaza de San Francisco nº 5), Administración de Aduanas (plaza de Santa Catalina), Dirección de Sanidad Marítima (muelle), Curato Parroquial (calle del Aire), Depositaria de Hacienda Pública (calle Jara), Administración de Correos (calle Ignacio García), Estación Telegráfica (calle Jara), Instituto de Segunda Enseñanza (Muralla del Mar) e Inspección de Orden Público (Ayuntamiento).

Fielatos:

-Del contraste: calle Cuatro Santos.

-Del Almacén: calle del Carmen.

c) Ferrocarril: despacho central en la plaza de Santa María.

PODER JUDICIAL:

Juzgado de primera instancia (plaza de San Francisco).

CONSULADOS:

- Muralla: Francia e Inglaterra.
- Calle Osuna: Alemania, Grecia, Suecia, Noruega, Dinamarca y Rusia.
- Calle Jabonerías: Uruguay, Italia y Austria.
- Calle Jara: Estados Unidos y Turquía.
- Calle Mayor: Bolivia.

Todos estos organismos funcionaban con una tendencia hacia la burocratización y despolitización de los servicios: la nueva ideología se encaminaba, en Cartagena y en toda España, a la creación de una situación ‘ideal’ en la que no existiesen confrontaciones de partido, tendiéndose exclusivamente al fomento de la economía productiva. En el citado artículo del día 3 de febrero se ponía énfasis en el trabajo colectivo como único medio de sacar al país de su ostracismo:

“...pues el trabajo es la única base sobre la que podemos descansar nuestra regeneración, olvidémonos completamente de la política y de los que a ella se dedican. Y si algún iluso o mal aconsejado viniese hasta nosotros con medidas, promesas o utópicas teorías, contestemos todos a una vez y como hermanos en la desgracia que somos que el pueblo de Cartagena habrá podido quizás servir una vez de grada para elevar a políticos ambiciosos, pero que hoy solo se ocupa en el trabajo honrado, que es de quien va a recibir la verdadera recompensa.”

En otro artículo, aparecido en el mismo medio el día 12 de febrero, se mantenía la misma consigna con otro razonamiento semejante, apareciendo junto a la obligada referencia al apoliticismo y el espíritu de trabajo un viejo argumento, la cuestión religiosa:

“Trabajando con el espíritu a fin de mejorar y ampliar la instrucción pública, base primordial del comportamiento futuro del hombre en la sociedad: grabando indeleblemente en el corazón del hombre los

principios de religión y de moral, que le marcan el estrecho sendero que atraviesa durante su existencia... el trabajo fortifica y purifica el espíritu, descartándole de los vicios que son inherentes a la laboriosidad: el hombre laborioso es por fuerza honrado, es un elemento de orden y de seguridad en la sociedad humana...”

El rechazo a la clase política se convierte para los grupos que dominan la situación y sus ‘altavoces’ de la prensa en una constante, y así el día 9 de marzo el periódico continuaba repitiendo las mismas consignas con argumentos parecidos:

“Los pueblos, la sociedad entera debiera conocer que los hombres que se dedican a la política de acción no son mas que gentes dedicadas a un negocio, en que los medios que ponen en acción para conseguir sus fines siempre llevan la ruina y la desgracia de aquellos que tuvieron la debilidad de creer sus predicaciones y ofertas; ofertas que en el momento de hacerlas estaban resueltos a no cumplirlas...si este convencimiento llega el pueblo a adquirirlo, entonces y solo entonces tendremos la tranquilidad y felicidad que tanto deseamos...”

Las bases socioeconómicas del nuevo tiempo radicaban, simplemente, en la valoración del trabajo y en el fomento de la instrucción pública, representadas en Cartagena según los poderes fácticos por la corporación municipal y la Sociedad Económica de Amigos del País: era el viejo pero renovado argumento del liberalismo económico burgués de Quesnay y Adam Smith, que predicaban el *Laissez faire, laissez passer* y el recelo hacia el poder dinamizador del estado. Se señalaban como principales fuentes de riqueza y de esperanza futura para el relanzamiento de la ciudad el comercio y la industria. Es cierto que, en ese momento, el balance material tras el conflicto era de lo más desolador y la prensa local, que no era sino el vocero del poder establecido, representaba el sentir de un buen número de cartageneros cuando calificaba el conflicto como ‘violenta transición’, manifestando el convencimiento de que la democracia hizo que la política se apoderase de los corazones del pueblo y, según expresaba algún sesudo editoralista: “todos se hicieron políticos y ninguno entendía de política”.

No cabe duda de que la ciudad era centro de un nuevo modelo ideológico, articulado desde el estado y tendente a considerar que la democracia real era un mal para el pueblo y un freno para la paz y el progreso. Desde la prensa local se sucedían artículos que evaluaban la situación pasada, destacando el aparecido en *El Eco* el día 7 de febrero, que concluía su exposición con este razonamiento:

“Salimos nosotros, librándonos de aquella horrorosa democracia, atraída por la política que aquí se sustentaba, y al volver, en castigo de aquella falta, nos hallamos sin nuestra fuerza que era grande, sin nuestro poder que era inmenso, sin nuestra riqueza que era incalculable.

Todo, absolutamente todo, lo hemos perdido por la política; desde nuestros hogares hasta la honra de nuestra ciudad; pero todo, absolutamente todo, podemos y debemos recuperarlo en un breve plazo, si olvidamos por completo antiguas y siempre maléficas banderías y nos abrazamos al nombre de Cartagena para elevarlo, ennoblecerlo y santificarlo.”

Transcurridos escasamente unos días desde su final, el tema cantonal se prestaba a manipulaciones: el nuevo poder canalizó el fenómeno localista como una manifestación anti murciana y sus representantes de la prensa cantaban las excelencias de la ciudad de esta forma, expresada en *El Eco de Cartagena* el día 10 de febrero:

“Defendemos Cartagena y sus sagrados intereses... hemos dicho al reaparecer que CARTAGENA ANTE TODO, hoy decimos TODO PARA CARTAGENA y mañana... escribiremos de nuevo a la cabeza del periódico y con gruesos caracteres que SOLO POR CARTAGENA NOS MOVEMOS y que a ella solamente dedicamos nuestras escasas fuerzas y el fruto de nuestras pobres inteligencias.”

Más que un cantón, lo que cierta burguesía de la ciudad anhelaba era la recuperación de una vieja afirmación localista: el deseo de hacer de Cartagena capital de provincia, manifestación basada en el precedente de la preexistente provincia marítima, mantenida en los primeros años de la Restauración por periodistas como Manuel González, director

del diario *El Eco de Cartagena* en sucesivos editoriales aparecidos en dicho medio entre los años 1874 y 1882: el día 12 de febrero de 1874, recién acabado el conflicto, en *El Eco de Cartagena*, tras una larga disertación ideológica, concluía el razonamiento con esta curiosa referencia de pasada a Cartagena como un ente *de facto* diferente a Murcia; estaba claro que el nuevo poder imperante optaba por un hábil giro localista y se alejaba de la auténtica reivindicación federalista:

“... y si Cartagena no puede proporcionar el personal necesario, habría que buscar su complemento en la vecina provincia.”

Se quería, pues, hacer olvidar al pueblo la vocación de liderazgo nacional que Cartagena había tenido y, paralelamente, la represión y la caza de brujas se imponían en la ciudad, donde permanecían todavía varias fuerzas de la Guardia Civil de algunas provincias de Castilla y se jaleaban con entusiasmo las detenciones de cantonalistas en Cartagena y en Orán, donde todavía caminaba orgulloso el célebre doctor Cárceles, que se paseaba por sus calles uniformado con su pantalón azul de franja roja, su blusa celeste y su gorra; lo cual era imitado por algunos presos del penal de Cartagena, a quienes pronto se les retiró el uniforme para eliminar las huellas del pasado.

El Ateneo y el Casino, como la mayoría de centros de tertulia y poder, hacían pública su lista de expulsados y desde el poder provincial sito en Murcia se jaleaba la represión, organizada por una comisión militar y que afectaba a quienes permanecieron en la ciudad tras el asalto final, como fue el caso de Martínez, célebre segundo de la fragata *Méndez Núñez*, o del diputado cantonal José María Pérez Rubio; y en la propia capital a los signatarios del acta de constitución de la Junta de Salvación: Multado, Fontana y Ros, todos ellos miembros de aquel grupo de hombres que ahora eran tratados en la prensa local como una partida de malhechores, contándose anécdotas de este calibre (fragmento de un artículo aparecido en *El Eco* el día 20 de febrero de 1874):

“Hemos oído referir un hecho horroroso ocurrido en la ciudad durante un bombardeo. Una mujer que se hallaba comiendo en su casa con su marido enfermo el pan negro que aquí se repartía, vio morir a

consecuencia de un proyectil a su hija de siete años de edad, que fue completamente destrozada por los cascos de hierro.

Aquella mujer, que en un momento sintió que le arrebataban para siempre el más querido pedazo de su corazón, se mantuvo impasible y, con una calma que no se comprende, fue recogiendo uno a uno los destrozados miembros de su hija y colocándolos en una gran cesta... inmediatamente toma en una mano los restos de la que en vida fue su objeto amado y con vertiginosa rapidez se dirige al sitio donde la Junta tenía sus reuniones, que era a la sazón en los bajos de las Puertas de Madrid, y ya en medio de todos deja su preciosa carga arrojando sobre ellos una mirada de reconcentrado odio, abre la cesta y amontona sobre el pavimento los mutilados restos de su hija.

Ni una exclamación de terror se escapó de aquellos miserables, que arrojaron de la habitación a aquella madre a quien llamaron loca...”

Este profundo rechazo al pasado reciente hemos de relacionarlo con el hecho de que en los años de la Restauración Cartagena se convierte en un centro político experimental de la nueva ideología conservadora, por los deseos de cortar de raíz las viejas veleidades federalistas y por los grandes intereses militares e industriales existentes. De esta forma, la ciudad departamental fue entre 1874 y 1936 objeto de frecuentes visitas de ministros, presidentes y jefes de estado, que hacían una ruta por el puerto, el ayuntamiento, la calle Mayor, Capitanía, puertas de Murcia y otros organismos públicos como el Arsenal, el Hospital Militar y el Hospital de la Caridad. En 1877 tuvo lugar la visita del Rey Alfonso XII y su hijo, Alfonso XIII, visitó varias veces Cartagena. Frecuentes eran también las visitas de escuadras extranjeras que en los primeros años del XX se detenían en Cartagena. En honor de estos huéspedes la burguesía de la ciudad organizaba fiestas, verbenas o bailes o en los clubes privados, en el Gran Hotel y en el edificio de Capitanía.

Para el nuevo estado surgido tras la Primera República, que preparaba la Restauración Borbónica y soportaba al tiempo tres conflictos (cantonal, carlista y colonial), resultaba del todo fundamental

la renovación legislativa en materia penal. Pensando sobremanera en la represión de los hechos cantonales, surgió una nueva legislación que suprimía el indulto y abría la puerta a una nueva etapa autoritaria. Un decreto del ministerio de Gracia y Justicia aparecido el día 9 de febrero de 1874 justificaba de esta forma paternalista el mantenimiento de la pena de muerte a pesar de reconocerse que en los estados civilizados existía un activo movimiento en pro de su definitiva abolición:

“Pero sobre que la gravedad de ciertos delitos no lo consiente y lo veda el carácter de sus circunstancias esenciales y constitutivas, forzoso es declarar con sinceridad y entereza que no está la sociedad española preparada al beneficio de esa reforma; que faltan en nuestro sistema penitenciario estímulos eficaces de arrepentimiento; y quizás medios suficientes y análogos de corrección y de castigo; que no han querido los tiempos ni permitido las desdichas que adelante la educación de nuestro pueblo en proporción a los estímulos empleados para expulsarla, ni logra el punto de madurez que ya otros pueblos alcanzaron...”

El nuevo régimen era proclive, eso sí, a la discreción y falta de publicidad en la aplicación de la pena capital y la obligación de hacerla cumplir en el lugar más cercano a la prisión, evitando a toda costa su conversión en espectáculo público:

“...que la autoridad civil impida que en el lugar de la ejecución y en el trayecto que haya de recorrer el reo se dispongan puestos de bebida o comestibles, ni circulen los vendedores de unos y otros efectos, procurando evitar por esos medios y por lo demás que le sugiera su prudencia que infundan en la muchedumbre que concurre a esos actos sentimientos ajenos a la dignidad de un pueblo culto, contrarios a la majestad de la justicia e incompatibles con el recogimiento y el respeto que debe inspirar el espectáculo de la muerte...”

Resultaba en aquellos días popular el rechazo a la existencia en Cartagena de una prisión dentro de la ciudad, y había en la prensa y en la opinión pública quien relacionaba los hechos cantonales con el pillaje y la barbarie ligada a la participación en aquellos hechos de presos comunes. Se vigilaba enormemente la disciplina militar, especialmente

en asuntos relativos al vestuario, las lecturas, la higiene, la economía, el manejo de las armas, la conservación de los buques, la organización de las guardias y la represión de cualquier manifestación de orden político por parte de los militares, a quienes se les quería expulsar definitivamente de la tribuna pública.

El pueblo de Cartagena, tan fácilmente impresionable, se dejaba manipular por los editoriales catastrofistas y era hasta cierto punto normal, pues cuando los ciudadanos caminaban por la ciudad veían las casas derruidas y las haciendas destruidas, así como los centros de trabajo; las alamedas y paseos habían sido talados para frenar el ataque final a la ciudad, que fue desde tierra, y esto daba a la ciudad un aspecto desolador. Era un espectáculo dantesco ver deambular a cientos de pobres sin recursos de noche y de día por las calles de la ciudad, en su trasiego hacia el improvisado albergue del Hospital Militar, las tareas semiclandestinas de desescombro de las viviendas de muchos particulares y el lamentable estado de muchos lugares públicos. Para la limpieza de las vías y calles, el Ayuntamiento hubo de disponer de varias brigadas de presidiarios.

Poco a poco se fueron recomponiendo los principales edificios (uno de los primeros en ser reedificado, y en el que se volcó la burguesía local con sus donativos, fue la Casa de Beneficencia), tarea que fue dirigida por el arquitecto municipal Carlos Mancha; y se reanudó la actividad de las principales instituciones, tal fue el caso del Casino, los cuarteles y los centros de asistencia social, despertando especial preocupación la mejora de la red de alumbrado público, que se consideraba básico para la represión de la delincuencia y la perpetración de arrestos. Por otro lado, se puso en marcha la construcción del tranvía a La Unión.

La tarea de la reconstrucción quedó en sus aspectos políticos en manos de una comisión municipal, que estuvo en Madrid en los primeros días de febrero negociando en los diferentes ministerios la organización de la nueva estructura político-administrativa y la recepción de ayudas. Se reconoció por el ministerio de Marina el derecho a recibir indemnizaciones por los bombardeos, también por Hacienda se dispuso la condonación del pago de algunas contribuciones. En este sentido,

hemos de recordar por su trascendencia material la visita en febrero del consejero de estado Ramón Mackenna a la ciudad, donde pudo comprobar de primera mano la situación existente, y los trabajos de rehabilitación del Arsenal (y de recuperación de parte de los pertrechos de la sumergida fragata *Tetuán*) por parte del Capitán General Miguel Lobo, quien contó a tal fin con la ayuda de cien oficiales de carpintería y albañilería procedentes de Valencia.

El estado del Arsenal, según el informe del almirante Lobo publicado el 11 de febrero, era lamentable, al haber impactado en muchas de sus dependencias un buen número de proyectiles. Durante el asedio muchas familias habían malvivido en el interior de sus dependencias, por lo que había mucha suciedad y desorden en las principales salas y talleres. En lamentable estado quedaron también la Capitanía General y la sede de la Escuela de Guardamarinas.

Los problemas sociales ligados a la posguerra estuvieron agravados por la lógica crisis estructural que sigue a cualquier conflicto armado: en aquellos primeros años el movimiento en la industria fue débil, el trabajo faltaba a los jornaleros y la inflación afectaba considerablemente en sectores básicos como son la vivienda y los artículos de primera necesidad. Como hemos señalado, la construcción fue el sector más dinámico y se puso rápidamente en funcionamiento a un gran ritmo. Los establecimientos de la calle Mayor volvieron a alumbrarse con gas en el mes de julio. La miseria económica e industrial, las tareas de reconstrucción y los nuevos trabajos crearon un nuevo espíritu reformista que se nota en el nuevo urbanismo de finales de siglo y en la exaltación del progreso en el contexto de la Segunda Revolución Industrial en Europa. En la literatura local y en la prensa se refleja este ambiente: la reforma de calles y edificios, la llegada del moderno alcantarillado, los nuevos trazados viarios hacia barrios y diputaciones extramuros, el derribo definitivo de la muralla de tierra y el ilusionante proyecto de trazar un ensanche.

La burguesía industrial, los comerciantes, los propietarios mineros y los políticos locales soñaban cuando llegó la normalización material de la ciudad con la aparición de un modelo económico alternativo al impulsado por la reconstrucción de la ciudad, y lo encontraron en la

nueva minería, que a su vez revolucionó el trabajo, la industria y el comercio: la euforia económica y la especulación se desataron y los poderes públicos reprimieron hasta la crisis de 1929 las aspiraciones republicanas y federalistas, que permanecieron ocultas bajo la enorme fascinación que despertaba el modernismo y el progreso técnico, fomentado por la renovada industria naval, la ingeniería, las fuentes de energía y las máquinas.

Una parte importante de la ciudadanía vivía sumergida en este movimiento especulativo, vivía con fe su posibilidad de prosperar o enriquecerse y aceptaba la identificación del progreso como libertad, reflejada en los artículos de prensa:

“Nuestro siglo es el siglo de las revoluciones, saltos formidables que da la revolución en su veloz carrera de gigante cuando los pueblos, o los reyes, o las instituciones ponen algún obstáculo poderoso en su camino, para detenerla en rápido progreso... El alma de la revolución es la libertad y su ley el progreso indefinido¹.”

La revista *Cartagena Artística*, aparecida en 1890, dedicaba muchos de sus apartados a hablar de los nuevos adelantos técnicos y científicos:

“La electricidad se impone, si el siglo presente es el siglo del vapor, el siglo que viene será el de la electricidad... Se anda por la electricidad, se habla, se escribe, se comunican las ideas y hasta casi se come... Hoy el vapor, el gas, el fósforo, son antiguallas que todo el mundo está cansado de ver².”

Por su parte, el industrial (y años más tarde alcalde republicano de Cartagena) Francisco Pérez Lurbe, escribe en sus años mozos, utilizando el faro de Cabo de Palos como línea argumental, una loa del comercio como fuente inagotable de progreso, y de las vías comerciales de transporte (terrestre y marítimo):

¹ *Nuestra Epoca*, firmado por L.M. en *El Eco de Cartagena* el 10 de enero de 1876.

² *Electromanía*, artículo aparecido el día 22 de mayo de 1890.

“Entre las innumerables causas que más o menos directamente han contribuido a realizar el grandioso edificio llamado progreso humano, el comercio es sin duda alguna la que merece más preferentemente nuestra atención, que la eleva a la categoría de primera figura en el universal movimiento revolucionario. De aquí surgió esa prodigiosa actividad científico-industrial, glorioso timbre de nuestro siglo, que en tan reducido plazo ha trazado sobre la superficie del planeta miradas de expeditas vías y según derroteros, monstruosas arterias por las que el vapor y la electricidad, portentosos secretos conquistados a la naturaleza, derraman en libre y fácil circulación la riqueza y el bienestar...³”

Por otro lado, el poeta Víctor Balaguer, publicaba el 3 de junio de 1890 en el mismo medio una composición poética en la que el ferrocarril aparecía como símbolo de la velocidad y la modernidad de los nuevos tiempos:

Monstruo indomable, asombro de las gentes
que raudo cruzas la espantada tierra,
tu intensa cabellera de humo y llamas
en tumulto y tropel al aire sueltas,
y a quien el fuego que arde en tus entrañas
es sangre que circula y te alimenta,
monstruo feroz, apresta ya tus bríos.
¡Aprisa...! ¡Más aprisa!... ¡ella me llama!...
¡Aún más deprisa!... ¡Más! ¡Ella me espera!...
Para llevarme a sus amantes brazos, tú ya eres
poco... El rayo yo quisiera!

Ya comenzado el siglo XX aparece en 1901 en el diario *El Porvenir* un artículo titulado “Lo que se llama Progreso”, que hemos de encuadrarlo en una etapa de la humanidad marcada por la industrialización y la modernidad, pero también por las ambiciones coloniales y la guerra, en un momento en el que Cartagena se convierte en centro de suministro de esos países en plena expansión bélica e industrial. Francisco Javier Pérez Rojas⁴ señala que el desarrollo de la

3 Aparecido en *Cartagena Artística* el 23 de junio de 1890.

4 *Cartagena 1874-1936 (Transformación urbana y arquitectura)*. Cartagena, 1986.

minería del plomo convertiría la zona de Cartagena en un importante centro productor de este metal y uno de los puertos de mayor tráfico comercial de España. Describe las vivencias paralelas a la ‘fiebre del plomo’ y la descripción que hizo de la ciudad el viajero inglés R. Ford, que describe a Cartagena como una ciudad triste, pero hace una valoración positiva de su situación económica:

“Nos encontramos ahora en una zona preñada de metal y Murcia, en este momento, está enloquecida por la minería. El español, que, en términos abstractos, no se muestra reacio a adorar a Mammón, ha sufrido una contaminación de los extranjeros en lo que se refiere a aspecto práctico... La obsesión de este rincón de Murcia es el mineral, y el viajero no oír hablar de ninguna otra cosa.”

Lo cierto fue que, al pesimismo de los años de la posguerra siguió un optimismo económico que se prolongó hasta finales de la centuria y que fue de nuevo una realidad durante la Primera Guerra Mundial. Pero esta bonanza material no puede esconder la realidad de una sociedad polarizada y, en algunos momentos, conflictiva a causa de la miseria de muchos de sus habitantes y al creciente nacimiento de una conciencia social obrera tras la experiencia cantonal. Hemos de destacar los importantes conflictos de los años 1898 (huelga general), 1900 (manifestación) y 1904 (crisis minera y de la industria naval).

Cartagena y La Unión eran por aquel entonces los principales centros de la economía regional, especialmente por la actividad minera, que marcaba el ritmo económico de la comarca, pero existían otras ramas productivas, ligadas en su mayoría a la actividad portuaria, donde trabajaban los cargadores, los tartaneros y los carpinteros de ribera. Los astilleros del Arsenal estaban en plena renovación productiva, así como las diversas fábricas y fundiciones instaladas en el barrio de Santa Lucía. Las obras públicas y la construcción también daban trabajo a un gran número de obreros, que se emplearon primero en la reconstrucción de la ciudad y luego en la renovación del entorno del Puerto, el derribo de las Murallas, la apertura del ensanche, las obras de la calle Gisbert, el alcantarillado, las casas baratas y el tranvía.

Desde los años del Cantón el contingente militar aumentó sobremanera y en torno a la marinería surgió una actividad artesanal y familiar, de pequeño consumo, integrada especialmente por vendedores ambulantes y aguadores, que ofrecían junto a los famosos *icues* (niños que vagaban por las zonas portuarias) un panorama costumbrista que completaban marineros sin rumbo, pícaros, buscadores de trabajo ocasional y desocupados de todo género y condición. La importancia internacional del puerto añadía al ambiente un ingrediente colonial y exótico.

Poco a poco la mujer se integraba en este universo callejero y popular, destacando entre las ocupaciones femeninas el servicio doméstico (las populares criadas), las lavanderas y las amas de cría. El fenómeno de la prostitución, muy importante en toda ciudad portuaria, se concentraba en la colina del Molinete, donde fue surgiendo una zona de bares y prostíbulos en la que se alternaban sucios garitos y cafés cantante y tertulias de alto nivel. En los años de la crisis minera asistimos a una enorme proliferación del fenómeno de la prostitución en el municipio de La Unión, hasta el punto que, ya en el siglo XX, la junta sanitaria local hubo de tomar cartas en el asunto, siendo asistidas y reconocidas periódicamente, y clasificadas en tres curiosos grupos: viciosas, ocasionales y profesionales.

Cartagena tenía en aquellos años el perfil de una ciudad mediterránea, en la que casi toda la jornada transcurría en la calle, por las características de la mayoría de los oficios, la buena climatología y la proliferación de tabernas y plazas públicas. Los cafés, los casinos y los ateneos eran centros de reunión y tertulia de obreros y burgueses; lugares donde se practicaba, según los gustos de la clientela la riña de gallos, la música, el trovo y el cante de las minas, manifestaciones todas del carácter cartagenero.

Los troveros tuvieron el poder de expresar fielmente, como modernos trovadores, el paisaje, las ilusiones, la moral y la mentalidad de los habitantes de Cartagena: reflejaba el arte del pueblo y fue integrado para la cultura burguesa por los poetas del 27 por ser espejo del contexto social de la ciudad, analizado igualmente por la prensa,

en la que destacaba *El Eco de Cartagena*, medio que comentaba en su número del 23 de febrero de 1874 lo que era socialmente la ciudad:

“Cartagena en general no es una población de gente acaudalada, pues las casas que por tal pudieran citarse son pocas relativamente; la población está formada por personas, que si bien han vivido siempre con holgura y sin entramparse, su pasar estribaba en negocios cotidianos, y en la aplicación prudente y entendida, ya de un capital mediano que negociaban diariamente y con sus productos atendían a sus necesidades, ya con industrias de varios géneros que bastaban a la subsistencia de las que las profesaban.

Existen también muchas, muchísimas familias que, atendidas a una economía extrema, iban pasando...todas ellas hoy se encuentran sin haber tenido ningún ingreso... se encuentran con sus casas hundidas y sin tener dónde defenderse de la intemperie...”

La sociedad cartagenera, como la del resto de España, vivía una etapa de cambios, quizás no tan intensa como la de otros países de vanguardia, pero innegable. Ante esas transformaciones sociales muchos se espantaban y sorprendían de la nueva situación, descrita de forma reaccionaria pero muy expresiva en un artículo del diario *El Eco de Cartagena*:

“Los jóvenes de la aristocracia hablan de caballos y sus cocheros de política. Hay familias que ayunan todo el año y duermen sobre escuetos jergones, al paso que lucen en paseo y en el teatro preciosos trajes, que en vez de pagarlos a los mercaderes los pagan en papel sellado al gobierno por orden de los tribunales de justicia.”

El labrador no desea más que un empleo, el empleado no desea más que ser rico, el rico no desea más que emigrar.

“El egoísmo destruye las bases de la familia. En las casas, como en la nación todos mandan, todos disponen, menos el amo. Los que pueden gastar coche andan a pie para hacer creer que no tienen dinero, y los que no lo tienen andan en coche para poder pedir dinero prestado

con más éxito. La sociedad está totalmente desquiciada, y dejando las costumbres de toda la vida por las de la industria y el comercio que vienen de Francia, hombres y mujeres, viejos y niños, todos se agitan en el vacío, todos buscan un punto de apoyo sin encontrarlo.

De aquí los vicios, de aquí la perturbación general, de aquí los crímenes y la necesidad imperiosa en que se ha visto el gobierno de pensar en que los castigos de la justicia dejen de ser figuras retóricas...”⁵

La condición portuaria de la ciudad hacía que fuesen muchos los venidos de fuera, pero existían unos mecanismos sociales que integraban esas tendencias foráneas en una conciencia colectiva exaltadora de lo local, y mezclada desde los años de la Restauración con un fuerte sentimiento patriótico propio del estamento militar: la existencia de la escuela de Guardiamarinas hasta la Guerra Civil imprime un peculiar sello a Cartagena, influye decisivamente en la mentalidad de la ciudad y en sus ritmos vitales: la marcialidad y la música militar marcan todas las manifestaciones festivas y populares. Y frente a estos comportamientos populares, cabe destacar el cosmopolitismo de una parte de la burguesía intelectual y de los negocios de la ciudad, que gusta de las fiestas particulares, los saraos en el Casino, el Club de Regatas y el Gran Hotel, del teatro y los conciertos. Los integrantes de las diversas sociedades y círculos recreativos llevaban una vida de gran lujo, construyéndose mansiones en el centro y el ensanche dentro del estilo modernista.

Los artículos de moda publicados en la prensa local por la escritora María del Pilar Sinués denotan la existencia de una clase social con un alto grado de refinamiento y poder adquisitivo. Llama la atención su comentario del 23 de febrero de 1874, publicado en *El Eco de Cartagena*, sobre los gustos de la nueva mujer burguesa:

“No es la mujer que mejor viste la que gasta más lujo y sumas mayores en su guardarropa; no es la que llena de trajes sus armarios y tiene uno para cada día que sale; sino la que sabe combinar con la moda, no solo las gracias, sino hasta los defectos de su figura y de su rostro.”

⁵ Publicado el día 20 de febrero de 1874.

Según el relato de la articulista, la mujer cartagenera con posibles vestía si estaba delgada al estilo Médicis, es decir, con gola alta, mangas acuchilladas y rodete elevado; las gruesas, por su parte, gustaban del escote cuadrado y las faldas anchas. Se llevaba mucho en aquella Cartagena de los años 70 los chalecos, que se adaptan muy bien a la climatología local; y los trajes de faya negra o medio color, con cuellos y puños de tela de hilo guarnecidos de encaje estrecho. Los trajes no solían llevar doble falda, prolongándose el cuerpo principal con complementos que se abrían sobre el chaleco. La espalda se terminaba con un ancho postillón de terciopelo, estando de moda los colores verde lagarto y el rojo Burdeos. Se llevaban los botones plateados, la falda ceñida y los sombreros pequeños de casco flojo y con volante.

En la etapa postcantonal todo este lujo queda limitado a una serie de grupos familiares que integran la elite de poder:

Integrantes de la Corporación municipal:

-Alcalde: Jaime Bosh.

-Concejales: Eduardo Picó, Jacinto Martínez Martí, José García Tudela, Juan Bautista León, Joaquín Fullea, Francisco Bosch, Leandro Saura, José Crespo Picó, Francisco Díaz De la Rosa, Antonio Norte, José Moreno, Rafael Luengo, Joaquín Salazar, Víctor Conesa, Ginés González, Bernardino Feixó, Silverio Díez, Luis de la Guardia, Bernardino Rolandi y J.B. Calbet.

El plano familiar de la burguesía de los negocios en Cartagena era este:

Comerciantes:

-Guillermo Ehler, Tomás Bather, Manuel de Gárgolas y Edward Lloyd, calle Mayor.

-Hilarión Roux, calle Ignacio García.

-José María Pelegrín, Familia Rolandi y Familia Iglesias, calle Jara.

-Natalio Murcia y Antonio Norte, calle del Duque.

-Pedro Casciaro y Antonio Rizo, calle del Aire.

-Andres Pedreño y familia Lizana Calandre, calle Jabonerías.

- Herederos de Andrés Valarino, Puertas de Murcia.
- Familia Dorda, Julio Artús Jones, Familia Gabarrón y Francisco Lizana Ortiz, calle Cuatro Santos.
- Manuel Picó, Hermanos Bosh y Jacobo Chives, Pza. de la Verdura.
- Vicente Rodríguez, calle Canales.

Corredores de Cambio:

- Gordiano Vicente y Patricio Gil, calle Mayor.
- José Bleis Calvet, plaza de Santa Catalina.
- Pablo Teulen Conesa, calle del Duque.
- Manuel Gil, calle Balcones Azules.

Consignatarios de vapores:

- Familia Bienert, calle Osuna.
- José María Pelegrín, calle Jara.
- Familia Dorda, calle Cuatro Santos.
- Hermanos Bosh, plaza de la Verdura.
- Andres Pedreño, calle Jabonerías.

Consignatarios de buques de vela.

- Antonio Cruz, Hermanos Muñoz Garci, Francisco Hoyos, Juan Mir, Mariano Marín y Vicente Andreu, calle Mayor.
- Luis Santia, calle del Aire.
- M. Allen y Gray, plaza de Santa Catalina.
- Víctor Sabadía, calle de la Libertad.

De esta burguesía, en su mayoría reaccionaria, salieron varios alcaldes de Cartagena; destacaron por su personalidad el protagonista de la posguerra, Jaime Bosch, Saturnino Maestre (1873), Cirilo Molina Cros (1878), Leopoldo Cándido (1883) y Mariano Sanz Zabala (1899). En el comienzo del nuevo siglo destacaron sobremanera los políticos Ángel Bruna, Manuel Zamora y Alfonso Torres.

Con el desarrollo económico de los últimos decenios del siglo, muchas de esas familias (y otros nuevos ricos de dentro y fuera de la ciudad) prosperaron y desarrollaron sus negocios hasta convertirse en hombres de fortuna:

-Estanislao Rolandi Barragán, socio de la fábrica de cristal de Santa Lucía y representante de la casa Rostchild en temas mineros y comerciales.

-Miguel Zapata (conocido como Tío Lobo), marqués de Villalba de los Llanos: propietario minero con yacimientos y fábricas en Portmán. Fue diputado provincial y consejero del Banco de Cartagena.

-José Maestre: industrial minero muy relacionado con La Unión. Perteneció al partido liberal y fue diputado. Era yerno de Miguel Zapata.

-Tomás Valarino, Conde de Santa Lucía: propietario de la fábrica de vidrio y cristal de Santa Lucía.

-Pedro Conesa, que emparentó con el Marqués de Fuente Sol: terrateniente y comerciante. Propietario de varios edificios en el centro de Cartagena, así como de buques de transporte.

-Camilo Aguirre: industrial minero. Fue diputado provincial y concejal del ayuntamiento.

-Serafín Cervantes: originario del barrio de la Concepción y residente en la calle Mayor.

-Andrés Pedreño: poseía una fábrica de fundición en Alumbres y otra en Santa Lucía, donde dispuso de un puerto particular. Pedreño fue diputado por Cartagena en 1875 y presidente de la empresa constructora del Tranvía de La Unión, por lo que tuvo un enorme poder económico.

-Bartolomé Spottorno, que fue alcalde de Cartagena en 1881. Fue cónsul de Alemania tras la guerra y presidente del casino, teniendo una gran vida social, lo cual le hizo emparentar con el filósofo Ortega y Gasset.

-Ignacio Figueroa (Marqués de Villamejor), propietario de la fábrica de desplatación de Santa Lucía, con terminal de ferrocarril y muelle.

-Hilarion Roux: tenía en Escombreras una fundición.

-Pedro Moreno Bermejo: fundador de la empresa Explotaciones Mineras Moreno.

Hemos de destacar la endogamia de todos estos grupos familiares, que tienden a emparentar entre sí, produciéndose en la ciudad un núcleo de poder en el que se mezcla el estamento militar (que tiende en la Restauración a hacerse cada vez más conservador), la nueva burguesía y la vieja nobleza. Francisco Javier Pérez Rojas, en la obra antes citada, pone como ejemplo de militares de alta graduación que se enriquecen a Justo Aznar, Joaquín Togores y Fábregues, Salvador Albacete y Luis Angosto. Muchos de los representantes de esta burguesía local desempeñaron puestos importantes en Madrid: fue el caso de Leopoldo Agustín Cueto, Amalio Gimeno Cabañas o Mariano Roca de Togores.

Paralelamente al ascenso de esta burguesía enriquecida y de gran poder político, se consolida una activa clase media que mantiene viva en la ciudad entre las dos repúblicas la llama del progresismo y el sentimiento federalista. Estuvo compuesta principalmente por miembros de familias de profesiones liberales: médicos, ingenieros, militares, arquitectos y abogados, y destacan sobremanera los Bonmatí, alicantinos de origen y familia del fundador de la Cruz Roja en Cartagena y cantonalista Antonio Bonmatí. Severino Bonmatí, dueño de la confitería *Cañizares* y, especialmente, su hijo Casimiro, médico de profesión, lideraron la alternativa republicana. Igualmente ligados a la cultura y al regeneracionismo están los miembros de la familia Ros, de La Unión: Pedro, alcalde durante varios años, su hermano Francisco, maestro; y su hijo, el oftalmólogo Antonio Ros.

Otros importantes representantes de este movimiento social fueron Leopoldo Cándido, Miguel Pelayo, Luis Calandre y el doctor Mas Gilabert. En el arte destacan los arquitectos Carlos Mancha, Lorenzo Ros y Víctor Beltrí; así como los pintores Vicente Ros y Nicomedes Gómez. Todos ellos abrieron camino desde el Ateneo y otros centros culturales y de tertulia a la fecunda generación posterior de Carmen Conde y Antonio Oliver.

La otra cara del progreso de aquel naciente capitalismo local es el estamento popular o proletario: los de las minas (al contrario que la mayoría de sus patronos, que vivían en la ciudad) residían en La Unión, El Llano del Beal o Portmán, poblaciones unidas a Cartagena por el tranvía a vapor inaugurado en 1874. Eran en su mayoría inmigrantes que procedían de otras localidades de la provincia, de Almería y Jaén y que se integraban con dificultad en un medio de gran dureza laboral y conflictividad social, marcada por el trabajo infantil, la delincuencia y el desarraigo. En Cartagena una parte importante de los trabajadores estaba ligada a la actividad industrial y portuaria. Tanto en esta ciudad como en La Unión era frecuente la mendicidad, que despertaba en los círculos conservadores y la prensa local vivos debates sobre sus condiciones de vida, la imagen que daban a la ciudad y la necesidad de que fuesen devueltos a sus lugares de procedencia. El asilo, la Casa de la Misericordia y el Hospital de la Caridad eran las instituciones religiosas relacionadas con la existencia de este fenómeno.

En Cartagena y su comarca está documentada la difícil existencia de las clases populares, pues muchas veces los precios de los alimentos básicos se situaban por encima de los salarios, extendiéndose el movimiento obrero. La prensa conservadora relacionaba todo esto con las malas costumbres de las clases bajas. En *El Eco* el día 20 de febrero de 1874 se publicaba esta reflexión:

“Las tabernas están llenas. ¿Cuántas veces hemos visto mirando por las vidrieras de algunos de estos establecimientos a pobres mujeres que presencian con lágrimas en los ojos cómo sus maridos derrochan el jornal de la semana, sin atreverse a entrar, por miedo de que aquellos miserables viciosos les den una paliza para dárselas de hombres delante de sus camaradas... para pensar en el equilibrio en nuestra sociedad es

necesario pensar en el pueblo, educarle, inspirarle generosos sentimientos, no destruir sus tradiciones, no disipar sus creencias. De lo contrario, se convierte en fiera, y las fieras, cuando el hambre aprieta, llegan hasta las ciudades. No hay que olvidarlo... porque ya vemos las orejas al lobo.”

Los representantes del movimiento obrero defienden otras teorías bien diferentes en relación al problema social: a través de esa misma prensa nos llegan alarmantes noticias sobre huelgas y la creación en 1880 en la cuenca minera del periódico anarquista *La Unión*, pues el anarquismo fue en el siglo XIX la ideología predominante en la zona hasta 1901, momento de gran expansión del socialismo y de la conflictividad social.

La Cartagena de los años posteriores al Cantón es, pues, una ciudad de luces y sombras, marcada primero por la destrucción y luego por una prosperidad mal repartida; una ciudad de grandes poderes conservadores; militar y tradicional, pero habitada siempre por intelectuales, soldados y aventureros dispuestos siempre al cambio y abiertos a la construcción de una nueva España.